SERMON XII.

DE SAN BENITO DE PALERMO.

Dominus suscitat de pulvere egenum... ut sedeat cum principibus, et solium gloriæ teneat.

I. REG. CAP. 2.

El Señor levanta al pequeño desde el polvo, le eleva al solio de su gloria, y le hace brillar entre los Grandes de su Reyno.

Aquel gran Dios que forma los Santos segun los inmutables decretos de su Providencia, no solo destina para sentarse con los Grandes de su Reyno á los que llevaron su santo nombre en alas de su zelo apostólico por toda la redondez de la tierra, como los Pedros, Andreses y Bernabés: no solo á aquellos, que vestidos de púrpura manejaron la espada, y empuñaron el Real Cetro, como los Fernandos, Luises y Casimiros: no solo á los que adornados con la tiara Pontificia resplandecieron en la cumbre del honor, como los Gregorios, Bonifacios y Leones: no solo á aquellos que defendieron la Iglesia con los admirables rasgos de su valiente pluma, y la ilustraron con los resplandores de su celestial doctrina, como los Atanasios, Agustinos y Gerónimos: no solo á los que despreciando la grandeza y fastuosa pompa del mundo, eligieron una vida peregrina y solitaria como los Roques, Alexos y Egidios: no solo á aquellos que con una santa intrepidez se arrostraron con los tiranos, y expusieron sus miembros en obsequio de la fé á las ruedas, á los toros de bronce, á las hogueras, y al furor de las bestias, como los Policarpos, Marcelinos, Ignacios y Lorenzos. No Señores: hay otros muchos á quienes el Señor eleva al solio de su Reyno, y los hace brillar como astros del firmamento, sacándolos de una condicion obscura y despreciable para darnos á entender que igualmente tiene sus delicias con los que nacen en las cunas de marfil y de oro, como las tiene con aquellos que han nacido en medio de las selvas, y de las chozas mas humildes.

¡Qué testimonio tan ventajoso voy á presentaros de esta verdad en el incomparable heroe, cuyo panegírico comienzo! ¿Quién era San Benito de Palermo considerado segun la carne? Vosotros lo sabeis: un hombre sin letras, sin autoridad, sin prosapia, sin fortuna y sin riquezas: un hombre, en cuyo árbol genealógico no se leian los nombres de los Césares, de los conquistadores, ni de los Potentados del siglo, y cuya humilde cuna empañaban los densos vapores de la sangre etiópica. Un hombre que no habiendo heredado de sus progenitores mas que la piedad, no podia gloriarse de haber nacido entre los esplendores de la opulencia, de la sensualidad, ni de la gloria mundana; pero á este mismo hombre de nacimiento tan obscuro, puesto en las manos de Dios, y considerado en el órden de la gracia, le eleva el Señor á

la cumbre misma de su gloria, le coloca entre los mayores heroes de la Religion, y fixa su morada entre los cortesanos del Empireo: los mas famosos conquistadores Moyses, Josué y Samuel son sus conciudadanos: los Santos Reyes David, Eduardo y Hermenegildo son sus compatriotas: los mas grandes Apóstoles Pablo, Santiago y Felipe son sus asociados.

Benito, el admirable Benito, agregado á los habitadores de la Santa Sion, brilla como refulgente antorcha entre las estrellas que lucen en la presencia del Señor en perpetuas eternidades, sus luces llenan de claridad la Corte del supremo Rey, y sus resplandores resaltan hasta las ultimas márgenes de la militante Iglesia: las naciones que habitan la tierra bendicen su memoria, los pueblos aplauden el heroismo de su excelsa virtud, y el universo entero se une y congrega para honrar las cenizas de su sepulcro; su nombre célebre en los fastos de la Iglesia se propaga maravillosamente de generacion en generacion: el siglo de su nacimiento forma época para las edades venideras, y el dia de su dichoso tránsito se renueva todos los años hasta la posteridad mas remota: los mismos Soberanos, estas deydades sublunares, á pesar de su grandeza, se postran en su presencia, las criaturas insensibles oyen su voz, las potestades del abismo tiemblan su virtud, el mar calma sus hinchadas olas, la tierra vomita, si le invocan, sus difuntos, el fuego detiene sus ardores, el ayre pierde sus pestilentes influencias, y la naturaleza toda respeta su poder: *Dominus suscitat de pulvere egenum.... ut sedeat cum principibus, et solium gloriæ teneat.*

Benito, semejante al caudillo de Israel, expuesto en su infancia al arbitrio de las aguas del Nilo, llega despues como aquel Profeta á la cumbre misma del honor. ¡O gran Dios! ¡Quién hubiera creido que el pequeño Moyses fluctuante entre las olas del mar, y sacado casualmente por una Princesa compasiva: quién hubiera creido que este desgraciado infante habia de ser aquel hombre milagroso que Dios habia escogido para conducir á su pueblo por sendas ignoradas en un vasto desierto, para intimarle las sagradas Tablas, fieles depositarias de su voluntad: para llenar de terror las Cortes de los Príncipes, y hacer servir al verdadero culto los vasos profanos de las naciones incircuncisas! ¡Quién hubiera creido que el niño Moyses era aquel varon portentoso, á quien queria Dios dar una gloria igual á la de los Santos: aquel hombre glorioso delante de los Reyes, santificado en su fé y en su dulzura, que haciéndose grande y temible á sus enemigos, debia domar los indociles, y amansar los monstruos con sus palabras: aquel hombre singular y amable que habia de hacer resonar su voz en medio de las naciones, dar una ley de vida y de ciencia á los Pueblos, y enseñar su testamento á Jacob, y sus juicios á Israel! *Docere Jacob testamentum suum, et judicia sua Israel.*

Quién hubiera visto al infante Benito á principios del siglo XVI, reclinado sobre una humilde cuna, envuelto en unas pobres mantillas, y reputado como un niño vulgar que nacia sujeto á la servidumbre de un caballero Siciliano: quién le hu-

biera visto, digo, en este estado, ¿hubiera podido imaginar que este desvalido pequeñuelo era un infante prodigioso, suscitado por la Providencia Divina para ser el mas glorioso ornamento de las Islas Sicilianas, honra del mar Mediterraneo, planeta luminoso, cuyos resplandecientes brillos compiten con los primeros astros del cielo Franciscano: esto es, con los Antonios, Buenaventuras, Bernardinos, Alcántaras y Capistranos; portento de la casa del Abraham de la Ley de Gracia: el Benjamin amado entre los hijos del nuevo Jacob: la imágen mas expresiva de su extático Patriarca, y crucificado penitente el Serafin de Asís: gloria de la nacion Africana, y luz prodigiosa del Septentrion y Medio dia, cuyos fulgores se han difundido de polo á polo?

Ello es, amados oyentes, que S. Benito de Palermo ha llegado sin hipérbole en estos ultimos tiempos al colmo de la gloria por consentimiento comun de los pueblos, porque empeñado Dios en glorificar su santo nombre, le ensalzó sobre los Grandes de la tierra, depositó en sus manos toda la fuerza de su poder, y le constituyó árbitro Soberano de su Omnipotencia divina, para postrar en su presencia el fastuoso orgullo de los hijos del siglo, y ostentar al mismo tiempo el esplendor y magnificencia de su brazo: le elevó á la mayor grandeza á los ojos del mundo y de su Religion: á los ojos del cielo y de los Angeles: á los ojos de los hombres y de toda la tierra, le hizo grande por las heroycas virtudes en que resplandeció: grande, por los señalados favores que disfrutó: grande,

por los asombrosos milagros que obró: *Dominus suscitat de pulvere egenum.... ut sedeat cum Principibus, et solium gloriæ teneat.*

Ya podeis inferir de aquí mi pensamiento; pero yo os hablaré con mas claridad. Benito fué entre las asperezas de la Religion un prodigio de santidad sin exemplar: esto será el primer punto. Benito fué entre las delicias de la fruicion un comprehensor bienaventurado sin lumbre de gloria: he aquí la segunda parte. Benito fué entre las escaseces de la pobreza un rico dispensador de los tesoros del cielo: ahí teneis el tercer punto. Mas claro: Benito fué á un mismo tiempo entre los bienaventurados un Santo sin igual, entre los viadores un comprehensor mortal, y entre los hombres un bienhechor liberal. Tres partes de mi oracion.

Ved aquí, ilustre Archi-cofradía del Cordon, el justo tributo de alabanzas que voy á consagrar á la memoria inmortal de vuestro singular Patron: ved ahí tres proposiciones, con que á manera de palmas pienso entreteger una guirnalda para coronar las sienes de mi incomparable heroe: vosotros unid vuestras súplicas, y ayudadme á pedir al Divino Espíritu las luces que necesito para proponer sus admirables exemplos de un modo que sirvan de edificacion á vuestra piedad, y alienten la fé del numeroso pueblo que me escucha. Para alcanzar esta gracia pongamos por intercesora á María, saludándola con el Angel

AVE MARIA.

Benito fué entre las asperezas de la Religion un prodigio de santidad sin exemplar.

PRIMERA PROPOSICION.

Aunque el Santo Concilio de Trento, siguiendo las huellas del Apóstol San Pablo, nos enseña en la sesion quinta, que el primer hombre rebelándose contra su Criador inficionó con la ponzoña de su pecado á toda su desgraciada posteridad; sin embargo, todos los Teólogos ascéticos convienen en que si el pecado original se considera en su misma raiz, no hay hombre alguno que formado en el vientre de su madre no tenga por hermana gemela la culpa, y no lea su nombre señalado con caractéres de muerte entre los proscriptos del cielo; pero si la culpa original se mira en órden á sus perniciosos efectos, entonces afirman unanimes, que son diversas nuestras suertes; y que así como no todas las partes de la tierra son otros tantos jardines de Tesalia, ni todas las aguas del Oceano entran en el mar muerto, así tambien hay ciertos espíritus llenos de pasiones feroces, y de una naturaleza que parece desproporcionada para el bien; pero otros hay dotados de una indole de oro, y de un corazon semejante al de Salomon lleno de dulzura, y formado á expensas de la bondad y del talento: *Puer ingeniosus et sortitus animam bonam.*

Casi del mismo modo podemos discurrir hablando de los maravillosos frutos del sagrado Bautismo; porque aunque este gran Sacramento imprime

igualmente en todos los párvulos el honroso carácter de hijos de Dios, sin que el mérito ó delito de quien le administra, aumente ó disminuya un solo ápice de su virtud sobrenatural: sin embargo, ¿quién podrá negar que Jesu-Christo principal agente, y dispensador de toda gracia, no pueda infundir en sus escogidos mayor ó menor abundancia de dones sobrenaturales, segun los ocultos designios de su eterna sabiduría? ¿Quién podrá dudar que en aquellos primeros crepúsculos de la razon puede proveer á algunos de los dotes mas eminentes para que en su misma aurora resplandezcan como planetas de primer órden en el cielo de su Iglesia? ¿Quién podrá afirmar que Dios no puede á manos llenas derramar el Oceano de sus celestiales dotes en una alma de su agrado para que en su misma cuna llegue á una santidad consumada, y camine con pasos de gigante como el sol, que apenas se descubre sobre el Orizonte quando ya se dexa ver todo entero?

Pues esta fué la sabia economía que la Providencia observó con el prodigioso Santo que hoy veneramos. Filadelfia, pequeña Ciudad del Reyno de Sicilia, vió asomar sobre su hemisferio á principios del siglo XVI á este astro de primera magnitud, á este varon extraordinario, que habia de ser gloria de su Religion, honor de su patria, modelo de la piedad, y consuelo de su humilde nacion: los heroes nacen en la region sublunar de quando en quando para arrebatar la admiracion, así como los grandes meteoros aparecen de tiempo en tiempo en la atmósfera solar para sorprehender los ingenios.

Apenas salió á luz este prodigioso fenómeno de la gracia, apenas estuvo formado el tierno corazon de Benito, quando sin esperar la edad madura como los Agustinos, Bonifacios y Magdalenas, consagra al divino Hacedor los primeros fervores de su alma: dueño de sus potencias en un tiempo en que los demas hijos de Adan aun no piesan en sí mismos, sacrifica á su Criador las primeras aspiraciones de su balbuciente lengua, le ofrece todos sus respetos, se entrega á él sin reserva alguna, y le hace un pronto homenage de su entendimiento, de su corazon y de todos sus sentidos. Todavia no puede fixar sus tiernas plantas en la tierra, y ya empieza á ocultarse furtivamente de la vista de sus padres, y como un ermitaño doméstico á esconderse en lo mas retirado de su familia, sin otro director que los impulsos de su delicada y temprana piedad: allí le veriais suspirar humillado, y puestas sus vacilantes rodillas en tierra, levantar sus brazos al Empireo en ademan de unirse con el Sumo bien: abrir su pecho y cerrarlo como quien intentaba depositar en él á su Dios. Desde aquí le veriais volar al Templo sobre las alas del amor en compañía de Diana su piadosa Madre: asistir al augusto sacrificio de la Misa, convidar á los Angeles á trasportar las alabanzas del cielo, fixar sus ojos en Jesu-Christo crucificado, salir fuera de sí, y arrebatarse en éxtasis no conocidos, que le elevaban pequeño Angel á las familiares conversaciones de su Dios. Señores, ¿es este un santo nacido desde el vientre de la madre, ó formado sucesivamente como los demas á influxos

de la gracia? ¿Es este un anacoreta encanecido entre las austeridades de un bosque, ó un Angel bien hallado entre las miserias de la vida humana?

Avivad vuestra fantasía, y seguidle conmigo sus gigantes pasos; ¿pero adónde? A los campos de Sicilia, donde va á manejar el humilde cayado de pastor que empuñaron en la ley natural un Abel, un Jacob, un Josef, un Simeon, y un Ruben: en la ley escrita un Moyses, un Saul y un David; y en la ley de gracia el mismo Jesu-Christo, que renunciando tantos títulos magníficos con que le habian honrado los Profetas, eligió con preferencia el de buen pastor: sí señores, destinado Benito á los nueve años de su edad á guardar de noche en el campo abierto el rebaño de su casa, dió principio con esta ocupacion á una vida capaz de excitar emulacion en las aclamadas memorias de los Pablos, Antonios, Hilariones y Pacomios. ¡Qué objeto tan digno de admiracion era el verle unas veces aplicado á cortar los ramos de las tiernas plantas, y formando de ellos una pequeña Iglesia asociarse á los espíritus bienaventurados, y entonar con ellos en la selva los canticos de Sion, otras veces salir cuidadoso al mediodia de su retiro en solicitud de los pobres, y distribuyendo entre sus manos aquel escaso pan que recibia de su familia, y practicando ayunos poco menos que continuos: unas veces ocultándose de sus compañeros, volar secretamente al pie de una encina, y exhalar noches enteras los tiernos suspiros de su corazon en holocausto al Rey inmortal de los siglos, otras contemplando la mansedumbre de las ovejas que apacentaba, y la inocencia de los corderos de

su redil, confirmarse en aquella sencillez de ánimo, y en aquella rectitud de corazon que conservó hasta los ultimos alientos de su preciosa vida: otras veces advirtiendo la humilde sujecion de su rebaño al eco de su voz, y la vigilancia de los canes que custodiaban su manada, excitarse á un mismo tiempo á escuchar con prontitud la voz de su Dios, y á observar una exâcta fidelidad contra las sorpresas de satanás!

Pero estos admirables rasgos, que al parecer son consumados progresos de la virtud, no eran mas que unos débiles bosquejos de su temprano heroismo: su rara santidad que estaba como oculta entre los celages de la puericia, se manifestó con todo su resplandor, quando trasplantado de los campos de San Fradelo al desierto de Coronia, se alistó á los veinte y un años entre los ermitaños Franciscos baxo las banderas de mi serafico Padre: aquí fué donde soltando los diques á su elevado espíritu, parecian pigmeos en su comparacion aquellos venerables ancianos que habian envejecido entre las rocas y torrentes: de modo, que podemos decir con verdad del jóven de Palermo, lo que el Poeta cantó ingeniosamente del grande Aquiles vencedor de Troya, que lo que en otros era el ápice de la virtud, era en Aquiles el primer rasgo de su fortaleza: *Quod alterius esset gloriæ, et summum decus, iter est Aquiles.* Se asombra la misma admiracion al contemplar á un jóven novicio trasformado en un cadaver viviente, extenuado con los ayunos, consumido con las vigilias, inundado en lágrimas, vestido de un tosco saco mas propio para

manifestar su amor á la pobreza que para defenderle de las inclemencias del tiempo: ceñido de un áspero silicio, y alimentado escasamente con las amargas raices que nacen en aquel pais inculto, se sorprenden los mismos Angeles al ver al pequeño anacoreta elevado por los ayres á impulsos de su amor en medio de aquella silvestre gruta que habitaba, y preguntar en lo mas profundo de sus éxtasis como la esposa de los Cantares por el Dios de su corazon á todos los objetos que le rodean, como si solo viviera de la esperanza de hallarle, y del deleyte de buscarle: se estremece la misma penitencia al escuchar los pavorosos estruendos de disciplinas y cadenas con que desgarra inhumano aquella carne misma santificada tantas veces con la uncion del Espíritu Santo, hasta llegar á padecer mortales deliquios en los que pedia ansiosamente á su enamorado Jesus que trocase aquellas sangrientas sombras de la muerte en las amargas agonías que él habia sufrido sobre el madero santo.

No es exâgeracion oratoria, señores: los historiadores de su preciosa vida nos aseguran, que este crucificado angel llegó en los primeros fervores de su vocacion al ápice de una santidad consumada: todos contestan que sus asombrosas austeridades llenaron de horror y espanto las insensibles peñas del desierto que habitaba, y de edificacion á los ancianos Religiosos que le acompañaban solitarios pobladores del yermo: que las luces de este gran planeta brillaron tanto en las sombrías selvas del bosque, que no pudiendo contenerse sus resplandores en medio de las grutas, se difundieron sobre las altas ci-

mas de aquellos montes hasta propagarse á las regiones vecinas: que los pueblos conmovidos al oir el sonido de sus portentosas virtudes, se animaban reciprocamente á entrar en aquella tierra inculta por escuchar las palabras de vida eterna que salian de la boca de este humano serafin: que aquellas montañas, riscos y valles desconocidos en otro tiempo, no podian ya contener la multitud que inundaba sus tenebrosas cavernas: que por ultimo aquellas selvas inaccesibles se habian convertido en teatro de las glorias y aclamaciones de Benito, precisado á vaguear por la soledad llorando sus importunos aplausos.

Y si estos fueron los resplandores que esparció este nuevo sol en el mismo oriente de su vocacion, ¿quáles serian los progresos ulteriores que hizo en la edad mas provecta, despues que por órden del Pontífice Pio fué trasplantado del yermo á la soledad de los claustros? ¿Quáles serian los excesos de su fervor despues que asociado á los Religiosos de Palermo, soltó de nuevo los vuelos á su gigante espíritu? ¡Ah! Sigamos á este jóven atleta en la nueva carrera que emprende resignado á la voz del Vaticano. Luego que este antiguo colono del desierto pisa la nueva Tebaida de los claustros, se propone por exemplar de sus acciones á los mas famosos heroes, que como estrellas de primer órden, resplandecieron en el firmamento seráfico; quiero decir, que así como los mas insignes pintores, y los mas célebres escultores aspirando á eternizar su memoria, hacen un particular estudio sobre los inimitables rasgos de un Parrasio y de un Zeuxis, y sobre los preciosos fragmentos de Policleto y de Fidias, así el incomparable Benito solícito en extraer de lo bueno lo mas distinguido de la perfeccion, se propone en su imaginacion las altas ideas, y los sublimes originales por una parte de su llagado Patriarca, por otra de un San Antonio de Padua, y por otra de un San Pedro de Alcántara: fecunda su fervorosa fantasía con mil exemplares de santos Mártires, y admirables penitentes de su Religion. La noche, que para él era el tiempo destinado al estudio de sus fervores, entra todo fuego en esta academia de heroes que inspiran fervor, piedad, emulacion y valor: todo lo que en ellos fué esfuerzo de invencion y de espíritu, viene á ser en Benito un infatigable estímulo de imitacion y de fervor.

Pero yo me engaño, señores, Benito no queda satisfecho con tan excelentes modelos, y le parece todavia poco el seguir las brillantes pisadas de tan ilustres campeones: él no se contenta con las prodigiosas virtudes que practicaron unos heroes tan famosos: piensa elevar á mas alto grado sus rápidos vuelos, y no se aquieta sino emprendiendo lo mas raro que hay en la virtud, y añadiendo á lo grande lo sublime, y á lo perfecto lo mas heroyco de la perfeccion: animado de tan superior impulso, y embebido en pensamientos tan nobles, aumenta á las rigurosas abstinencias del Serafin de Asís, quaresmas nunca oidas, y ayunos casi perpetuos que le reducen muchas veces á los umbrales de la muerte: á las prolongadas vigilias del grande Antonio dobla nuevas fatigas hasta privarse enteramente del sueño, sin conceder mas descanso á sus agonizan-

tes miembros, que un corto y pequeño alivio que toma alguna vez recostado sobre un manojo de sarmientos: acrecienta á los crueles silicios y multiplicadas disciplinas del extático Alcántara, horrorosas cadenas y mallas de hierro con que aprisiona de continuo su moribundo cuerpo: añade á las penosas distribuciones del claustro el vergonzoso exercicio de mendigar enteramente descalzo por las calles mas públicas de Palermo, expuesto á las intemperies de las estaciones, y abriendo á cada paso que daba profundas grietas en las plantas de los pies, y otras tantas heridas en el corazon.

Yo quisiera, amados oyentes, haceros una prolija enumeracion de sus asombrosos rigores, para que vierais que Benito reunió en solo su cuerpo las espantosas austeridades con que los Arsenios, Macarios, Egipciacas y Pelagias horrorizaron los desiertos de Nitria y Tebayda, y aun puedo decir mas: para que vierais que habia juntado voluntariamente en sola su persona los inhumanos suplicios que inventaron los Domicianos, Maxencios y Falaris en ódio de la Religion; pero los límites de un Panegírico son muy cortos para poder abrazar austeridades nunca vistas: contentemonos con admirar sus sangrientos pasos, quando á la sombra de las tinieblas se conduce al cementerio de sus Religiosos difuntos, preciosos exemplares del crucificado: allí entre aquellas confusas mezclas de tierra y ceniza, aprende en la escuela de los muertos la importante leccion de morir á sí mismo y al mundo: allí postrado sobre aquellas sagradas víctimas de la penitencia, despues de haberlas regado con la abundancia

de sus lagrimas, alimenta su enamorado espíritu con la dulce memoria de las verdades eternas: allí besando muchas veces aquellos tristes despojos de la mortalidad, se hace á sí mismo estrechos cargos de los delitos que no ha cometido, y se excita á extinguir las ultimas reliquias de las pasiones que ya habia vencido: allí en presencia de aquellas inanimadas tumbas, llamando de su reposo á los santos cadáveres, los hace jueces á un mismo tiempo, y testigos de su religiosidad quimérica: allí finalmente contemplando en aquellos roidos huesos la instabilidad de la vida humana, se llena de santos deseos, y quisiera que llegase ya su disolucion ultima para estrecharse intimamente con el soberano dueño de su corazon.

Desde aquellos lugares subterráneos se dirige á las oficinas mas penosas del Convento, donde se exercita en los ministerios mas humildes de la Comunidad, reputándose, como él decia, por el oprobio y periséma de los claustros. Este hombre extraordinario que habia empezado la carrera de la perfeccion, por donde otros tendrian á gran dicha el finalizarla, se tiene en su concepto por el mas inutil y pequeño entre sus hermanos: llega á tanto su humildad, que quando los pueblos le acarician prorrumpe en sollozos y suspiros, temiendo que estos aplausos no fuesen el paraiso que Dios destinaba á un Religioso prevaricador como él: otras veces se oculta en los ángulos mas retirados del Convento, para no ser visto de nadie, porque decia que no habiendole permitido el Padre Eterno que fuese mas que un pobre lego, no debia vivir sino en los rin-

cones como un vil gusanillo: este espíritu de abatimiento le conduce á las chozas mas humildes, y le abandona al trato de la mas infima plebe, á fin de conciliarse el desprecio de los pueblos, y hacerse mirar como insensato ó extravagante: este mismo espíritu le arrebata á las carceles y hospitales, domicilio del hambre y del contagio, donde se mezcla y confunde entre los leprosos y facinerosos, cuyos pies lava, cuyas úlceras besa, cuyo desfallecimiento socorre con los mendrugos que ha reservado á costa de sus rigurosos ayunos: este espíritu por ultimo le hace atravesar errante las calles y plazas de Sicilia, agoviado con el grave peso de un costal, depósito fiel de las limosnas que mendiga para el alivio de los miserables.

¿Qué tiempo me bastaria si intentára yo recorrer las demas virtudes en que resplandeció este varon singular: si me empeñára en referiros aquella pobreza altísima que le hizo mirar como á su modelo la desnudez de Jesus crucificado, y á la suma indigencia como á su unico patrimonio: aquella obediencia ciega con que rindió la cerviz á la voluntad de todas las criaturas: aquella pureza angelical que le hizo abominar hasta la sombra misma de la sensualidad: aquella caridad ingeniosa que no conocia otra ambicion que la de ser util á sus hermanos, ni otro deleyte que el de procurar la felicidad de los pobres: aquella inocencia extraordinaria de costumbres, que su fervor perfeccionaba mas y mas todos los dias, y en la que no pudo encontrar que reprehender cosa alguna el mas rigido censor; y para decirlo en compendio, aquel heroismo sin igual

de virtudes tan sublimes y elevadas á un grado de perfeccion tan alta, que cada una bastaba para constituir á Benito uno de los mayores Santos que se conocen en los anales del tiempo?

Este admirable conjunto de virtudes tan heroycas fué la escala por donde subió á la eminencia de Guardian del Convento de Santa María de Jesus. Sí señores: Benito, aunque lego, aunque desvalido, aunque rudo, como le canta la Iglesia en el oficio público que le consagra, fué colocado con preferencia en la prelacía de Palermo, para verificarse á la letra que Dios le elevaba desde el polvo para sentarle entre los Príncipes de su pueblo seráfico: *Dominus suscitat de pulvere egenum... ut sedeat cum Principibus, et solium gloriæ teneat.* ¿Pero qué eloqüencia, por afluente que sea, podrá expresar los resplandores que difundió puesto en el candelero de la prelacía? Vosotros sabeis que un Prelado para ser cabal y perfecto debe unir á un mismo tiempo en su persona el zelo de un Elías con la prudencia de un Salomon, la intrepidez y fortaleza de un Finees con la humildad de un David, y la rectitud de un Samuel con la discrecion de una Ester: es necesario que sea tan manso como Moyses, tan paciente como Job, tolerado como Miqueas, y lleno de caridad como Tobías: es preciso que vele de continuo sobre el alcazar de Sion, como aquellos fuertes de Israel, que guardaban el florido lecho del Rey sabio, que como Esdras, rodee sin cesar los muros de la nueva Jerusalen, y como Neemías repare con una mano las brechas de la ciudad Santa, y con la otra rechace las sorpresas de sus émulos;